—Getira, oremos: el Señor es justo,
Y El nos oirá desde su santo alcázar:
Roguemos, ¡ay! por la afligida madre
Que aquí dejó cuanto en el mundo amaba.

No tardará: mi corazon me anuncia
Que hemos de ver á la infeliz anciana:
Cumplamos, pues, con el deber de amigos,
Su órden gurdando sin faltar en nada.

CANTO QUINTO.

UN MINISTRO DEL SEÑOR.

Volved, volved á templaros,
Pues ya rendida me veis:
Llanto tengo en que os bajeis,
Cabellos para limpiaros.
No, no podeis escusaros,
Que á Magdalena por ellos
Volvisteis los ojos bellos,
Y estos os han de vencer,
Pues he llegado á cojer
La ocasion por los cabellos.

AGUSTIN MORETO.

CANTO QUINTO.

UN MINISTRO DEL SEÑOR.

Mi natural devocion
Siempre os pidió con fé tanta,
No permitieseis, Cruz santa
Muriese sin confesion.
No seré el primer ladron
Que en vos se confiese á Dios;
Y pues que ya somos dos,
Y yo no la he de negar,
Tampoco me ha de faltar
Redencion que se obró en vos.

CALDERON DE LA BARCA.

Por vez tercera en el azul del cielo,
Trono en que el sol con magisterio se alza,
Sus rayos mil de brilladora lumbre
El astro rey por el Oriente lanza.

Las tersas nubes de carmin y de oro,
Cortinas leves de la luz galana,
Raudas corriendo sobre el Sur y el Norte,
Dejan al sol manifestar sus galas.

Amante el viento de la flor en torno
Dulce murmurio halagador levanta,
Y abre la flor, al percibir sus besos,
Su alba corola á sus caricias blanda.

Vida y amor con el naciente dia
Respira el mundo en la estension que abarca:
Amor los peces en las ondas dicen;
Y amor las aves en los aires cantan.

Amor las fieras en las selvas gritan;
Amor el ángel en los cielos clama;
Y amor el eco por do quier repite,
Y amor diciendo en el espacio marcha.

Mas ¡ay! en tanto que placer y amores
Los hombres gozan y en placer se embriagan,
Llanto y dolor, de la infeliz María,
Reina en la triste y adornada estancia.

Que al par que amor, naturaleza entera
Pregona *muerte* con potente saña:
Muerte los peces en las ondas dicen;
Muerte las aves que en el viento pasan.

Muerte las fieras en el bosque heridas;
El ángel *muerte* que á su Dios faltara;
Y *muerte* el eco por do quier repite,
Y va á morir en las etéreas salas.

Es el *amor* simiente de la vida:
La *muerte* fatal hoz cortante y larga;
Dios, el divino segador amante;
La eternidad sin fin, la era del alma.

El sol tres veces en el ancho cielo
Doró la tierra con su lumbre clara,
Desde que muerta la infeliz María
Yace en el lecho como flor tronchada.

Se opone fuerte un imperial edicto
A que el cadáver se retenga en casa;
Y brilla el miedo en los semblantes todos
Porque al deber y á la obediencia faltan.

—¡Una hora mas!... ¡Una hora mas recemos!
Dice la jóven mísera Anastasia;
Y á orar de nuevo con fervor se puso;
E imitan todos á la fiel cristiana.

Por dicha en breve el apacible viento
La niebla espesa del camino alzara,
Cual débil velo desprendido al lejos
Al dulce soplo de las leves auras.

El sol entonces dominando el llano,
Las sombras tristes con sus luces rasga,
Cual bella antorcha que ilumina el cuarto
Que entre las sombras de la noche se halla.

Todos la vista en el camino entonces
Con ansia estrema y con afán la clavan;
Y un tierno niño, como el sol hermoso,
"Allí se acerca," con placer esclama.

"Vedla," prosigue, de fatiga llena
Trepando el cerro caminando marcha;"
Y todos miran, de ventura henchidos,
Hácia do el niño con afán señala.

—¡Ella es....! repiten multitud de voces;
Mas viene un hombre con la buena anciana:
Un pobre viejo de ropaje humilde
Que con trabajo por sus años anda.

Ciego parece pues andar no puede....
¡Cómo amorosa le sostiene Sara....!
Cansado viene.... la infeliz le aliénta....
Le pide que ande.... y sin poder se para....

Procura alzarle con sus flacos brazos;
Mas impotentes sus esfuerzos se hallan....
Rendido viene el infeliz anciano....
Corramos todos á ayudar á Sará....

—¡Silencio!.... dice con imperio un hombre:
Nadie se mueva de la triste estancia:
Es de la gruta de Ganín el santo!....
—El santo!.... todos con asombro esclaman.

Y pronto se oye por la estancia humilde
Sonar la dulce y celestial palabra
"¡El santo....! ¡El santo....!" y de los fieles todos
No hay quien no tenga conmovida el alma.

Los que en ausilio de la anciana triste
Marchar quisieron, con respeto aguardan,
Confusos quedan, y admirados luego
Fijan sus ojos en el santo y Sara.

Una esperanza de feliz ventura
A un temor santo y celestial mezclada,
A apoderarse de los pechos llega
De los que viven en la fé cristiana.

—¡Qué es lo que vamos á mirar, Dios mio,
En este instante en que el pesar nos mata....!
Prorrumpen todos con respeto santo,
Sobrecojidas de pavor sus almas.

El es el hombre del Señor Supremo;
El que á los yertos moribundos sana;
Y quien amante le salvó la vida,
Dice una jóven, á mi madre amada....

—El á mi anciano y desdichado padre,
Le ha vuelto amante la salud que ansiaba,
Salud que nadie devolver pudiera
Sino el que amores de su Dios alcanza.

—Si hubiera estado de nosotras junto,
La tierna amiga de María esclama,
Segura estoy de que la vírgen pura
En este instante con salud se hallara.

Yo por el santo que el Señor proteje
Marchado hubiera con afan descalza;
Mas de Damasco le llemáron antes,
Y esto del llanto y del dolor es causa.

Es poderoso de piedad en obras;
Mas ¿qué debemos esperar...? ¡Oh...! nada....!
Y en llanto amargo prorumpió la hermosa
Sintiendo el peso de la pena amarga.

—¡Quién sabe Dios lo que dispuesto tiene....!
Dijó un anciano de canosa barba,
De ciencia lleno por sus muchos años:
Lleno de fé por sus virtudes altas.

¿Quién sabe....? dijo por la vez segunda,
Triste moviendo su cabeza cana,
De una auréóla de cabellos blancos
Cubierta toda que respeto daban.

Allá en su tierna juventud el santo
De Juan fué amígo que con Dios andaba;
De aquel San Juan del Salvador discípulo,
De quien la ciencia recibió y la gracia.

Siempre en continuas conferencias ambos
Los largos dias con placer pasaban,
Del Hombre-Dios las maravillas todas
Contando tiernos con respeto y calma.

¿Quién sabe, pues, las que le habrá legado
Virtudes puras quien con Dios hablaba,
Aquel San Juan cuya cabeza hermosa
Sobre el pecho de Dios se reclinara....!

¡Ya llegan....! ¡vedle....! de temor divino
No estais heridos que la sangre cuaja....?—
Y el santo anciano en el instante mismo
Entró apoyado en la aflijida Sara.

Está encorbado por la edad terrible:
Sin luz sus ojos donde el sol resbala:
Sus menos puras, mutiladas, rotas,
Por el martirio que sufrió con calma.

Martirió atroz en que mostró una dicha
Que á sus verdugos les llenó de rabia,
Quienes los ojos con un hierro ardiendo
Con furia inícua y sin piedad le arrancan.

Y al verle ciego, y mutilado, y pobre,
Libre ir le dejan con dudosa planta;
Juzgando que era la existencia triste
Mayor tormento que la muerte infausta.

Mas ¡ay! quien cuida de las tiernas aves
Y de los peces que en las ondas vagan.
¿Cómo olvidarse del mortal podria
De fé tan viva y de pureza tanta!

¿Quién como *oveja entre* sangrientos *lobos*
Sufre por Cristo y por su cruz amada,
Y que es *prudente cual serpiente* muestra,
Y tan sencillo cual paloma cándida,

Nunca de Dios se mirará olvidado
Sobre este valle de miseria y lágrimas:
Ni nunca de hambre morirá ó miseria
El que en la fé del Salvador descansa.

En cuanto ciego y mutilado viose,
Alzó su pecho hácia el celeste alcázar:
Y diciendo "Jesus en tí confio."
Salió hácia el mundo con la fé mas alta.

Recto á la gruta de Ganín marchose,
Y á verle allí los ángeles bajaban;
Y el alimento necesario al santo,
Al irse al cielo, con amor le daban....

Es cierto al menos que en la triste noche
Junto á su gruta el que á pasar llegaba,
De la alta gloria celestiales músicas
Mudo de asombro y de placer gozaba.

Era su vida milagrosa en todo:
Alta su ciencia, y su virtud mas alta:
Dulce su faz, y su esterior humilde:
Grande su fé, su caridad sin tasa.

—¡Oh padre mio! apresurad el paso:
En mí apoyaos.... le suplica Sara;—
Y el santo anciano su inseguro paso,
Cuanto su edad se lo permite, alarga!

—¡Dios Infinito que mis pena miras,
Me habrán humanos esperado en casa?....
¡Ha trascurrido tan veloz el tiempo!....
¡Hija del corazon!.... dice la anciana,—

Entran por fin á la mansion del llanto:
Al lecho llegan de dolor y lágrimas;
Y allí tendida entre fragantes flores
La vírgen miran que sus penas causa.

¡Cielos!.... tan pronto, en tan ligeras horas
Cuánto han cambiado su hermosura y gracias!....
No es ya la dulce, la azucena pura
Que abrió su cáliz con la luz del alba!....

Ahora es, Dios Santo, la marchita rosa
Del tierno tallo con furor tronchada,
Perdido el tinte de sus dulces hojas,
Perdido el brillo de su leve nácar.

Al contemplarla á disolverse próxima,
La triste madre del dolor prensada,
Se echa á los piés del conmovido anciano,
A quien le dice del dolor llevada:

—¡Mirad, oh padre, á la adorada hija
Que Dios me diera y que enjugó mis lágrimas!....
¡Es el bien solo que mi dicha hacia
Desque perdí cuanto en el mundo amaba!....

¡Vedla sin vida!.... ¡En el sepulcro helado
Donde cuidar no la podrá esta anciana,
Pasto será su delicado cuerpo
De los gusanos que á los piés se arrastran!....

¡Salvadla, padre!.... ¡de mis hondas penas
Piedad tened, porque el dolor me mata!....
Moved los lábios.... que el Señor os oye!....
¡Moved los lábios!.... ¡por piedad salvadla!

—¡Madre infelice! le responde el santo;
Dios os la dió: Dios os la quita, Sara....
¿Conmigo al punto no direis rendida,
"Hágase, Dios, tu voluntad sagrada?"....

—Inmensa es, padre, esa terrible prueba:
Fuerzas divinas y vigor me faltan:
Hijos y esposo perecer he visto,
Y se agotó mi fortaleza tanta!....

El sacrificio de perder mis hijos
Dios escogió para probar mi gracia,
Y lo sufrí.... Mas soportar no puedo
El golpe atroz que hoy sobre mí descarga....

Perdí el valor que conservara entonces;
Y Dios que mira mi flaqueza y lágrimas,
Desde su altura compasion tendráme
Si vuestra voz hasta su trono se alza....

¡Tened piedad de mis tormentos, padre!
¡Pedid que la hija me devuelva amada,
Para que pueda sobre el mundo impío
De Dios el nombre bendecir el alma!....

Con vos se encuentra el que formó los cielos....
De El vuestra voz lo que pretende alcanza....
¡Pedidle, padre, que favor me preste!....
¡Tened piedad de mis desdichas tantas!....

Volver la vida á mi María puede
De vuestros lábios la menor palabra....
¡Hombre de Cristo!.... respetable anciano....
Padre mio, piedad.... ¡ah!.... pronunciadla!....

Y la infeliz para ablandar el pecho
Del fiel ministro, se arrojó á sus plantas,
De llanto llenos los hinchados ojos:
Llenos de pena el corazon y el alma....

—¡Sér infeliz!.... interrumpióla el padre
De pena henchido por desdichas tantas;
Hágase al punto lo que ansiais, señora,
Y en vuestro pecho la quietud renazca.

Removeria vuestra fé tan pura
Las altas rocas de dureza estraña;
Y ella apartar de vuestros lábios puede
Tan solo el cáliz de amargura tanta.

Vuestro afligido corazon olvida
Que es bueno aquello que el Señor nos traza;
Mas vuestra fé, como ninguna ardiente,
Será del cielo que adorais premiada.

¡Oremos todos!.... Del Señor que mira
Lo que ahora mismo en nuestros pechos pasa,
¡Ay! imploremos el favor rendidos!....
Viva á María la vereis y sana!....—

Híncanse todos de rodillas luego:
Silencio todos religioso guardan;
Oran temblando y con la fé mas viva,
Y aquel prodigio con pavor aguardan....

—¡Dios va á mostrar su poderío inmenso!....
Todos con voz imperceptible esclaman,
Sobre sus pechos con fervor cruzando
Sus fuertes brazos, y mirando á Sara.

—¡Con él se encuentra el Hacedor del mundo!....
Temblando dicen las que en Dios dudáran:
¿Dónde ocultarnos?.... El prodigio santo
Vamos muy pronto á presenciar, hermanas....—

Despues de estar en oracion ferviente,
Besó tres veces con respeto y calma
El suelo humilde el religioso anciano,
Y de la tierra meditando se alza.

Luego hácia el lecho de la yerta jóven
Dirije tierno la dudosa planta,
Orando siempre con fervor profundo
Y conducido por la triste Sara.

Al sitio llega donde el cuerpo yace
De la que habita el celestial alcázar,
Y entrambas manos mutiladas pone
Sobre la frente de la jóven casta.

Mudo silencio por la estancia reina....
De todos tiembla conmovida el alma....
Y en alta voz y respirando apenas
Rezan fervientes con asombro y ansia....

Sus secos ojos el anciano al cielo
Levanta entonces, y sereno esclama
Lleno de fé.... "¡Levántate, María!"....
.....

¡Oh!....¡milagro!..... .....
.....¡Milagro!.....
..... ¡Dios del alma!....
.....

A aquella voz del sacerdote santo
Se alza María de su lecho plácida,
Y las fragantes flores que la cubren
Caen en el suelo al colocar sus plantas....

La vírgen está en pié.... sus tiernos miembros
Obrar parecen en ventura tanta,
Bajo el impulso de un poder supremo
Que los subyuga y cuyo mando acatan.

Sus ojos se abren al instante mismo
Mates y fijos como luces claras....
Cual los de aquel que al despertar de un sueño
En un objeto con pavor los clava....

Mas poco á poco iluminando vánse
Como una estrella tras las nubes pardas;
Y brilla en ellos otra vez la vida,
Y en la espresion de su mirar el alma.

El cárdeno matíz que como un velo
Su tez cubriera como el lirio blanca,
Se desvanece cual la niebla oscura
Al rayo ténue de la luz del Alba.

Vuelve su sangre á sus heladas venas
Bajo las manos del ministro santas,
Y en su semblante celestial serpean
Divinas tintas de color rosadas.

El movimiento entorpecido cobra;
Y ya su sangre de encendido nácar
Sus lábios tiñe, y á desleirse corre
En carmín leve en sus megillas cándidas.

Como un gran rio que se encuentra helado,
Del sol al fuego su corriente alcanza,
Así recobra de la yerta vírgen
La vida el cuerpo á las palabras santas.

Respira amante su turgente pecho:
Dulce sonrisa por sus lábios vaga;
Y todos oyen con pavor y asombro
Leve un suspiro que del seno exhala....

—Milagro!...gritan.... ¡De la tumba ha vuelto....
Milagro!.... ¡oh Dios, misericordia.... gracia!....—
Y á tal prodigio el corazon de todos
De miedo tiembla, y en el pecho salta....

—¡Hija querida!.... la dichosa madre
Aun de rodillas, sin aliento esclama....
¡Hija querida!.... y de sus grandes ojos
Vierte amorosa placenteras lágrimas....

Cual débil niño la infeliz María
Dá un paso débil con dudosa planta,
Y de su madre en los amantes brazos
Tierna se arroja conmovida el alma.

Y bien por falta de vigor y fuerza,
O bien por miedo que á la pobre asalta,
Va sobre el seno de la amante madre
Sollozando á ocultar su faz rosada.

¡Siempre la entrada á la terrible vida
Con llanto viene y con dolor mezclada!....
¡Oh! el hombre acaso en su interior conoce
Que el mundo es cárcel do á gemir le lanzan!...

Ver quieren todos á la fiel María,
Y á verla van, y sus vestidos palpan....
Mas de la madre que la mira atónita
¿Quién contar puede su placer sin tasa?....

El pecho solo de una tierna madre
Puede saber lo que disfruta Sara:
Que hay afecciones tan sublimes y hondas
Que nuestro idioma á referir no alcanza.

A su hija hermosa entre sus secos brazos
La estrecha amante con empeño y ansia,
Temiendo que huya de su lado acaso,
Y el bien le roben que su pecho embriaga.

Era María á quien momentos antes
Muerta en el lecho, y sin color mirara;
Y su placer y su inefable dicha
Nombre no tienen en la lengua humana.

Inunda á su hija de caricias tiernas:
Sus manos toca con las suyas flacas,
Y acerca amante los ardientes lábios
Al blanco cuello de la vírgen casta.

—¡Oh, padre mio!.... bondadoso padre!....
Prorumpe al fin la venturosa anciana,
Besando fiel la mutilada mano
Del santo humilde que rezando estaba.

¡Cuán grande es Dios, cuán poderoso y bueno!....
¡Cómo podremos bendecir su gracia!.....
Y como herida por la duda luego
Vuelve á esclamar con la inquietud mas alta.

—Ah!...¿no es un sueño?... respondedme, padre....
¿Qué, no es un sueño cuanto aquí me pasa?.....
¿No habré perdido la razon, Dios mio?
¿Es ¡ay! María la que abrazo ufana?....

¿Vive?.....respira?.....que la miro es cierto?...
¿No huirá mi dicha como sombra vana?....
¡Ah!.... respondedme, respondedme, padre,
Sepa si es cierto cuanto goza el alma!....

—Calmad, señora, la inquietud del pecho,
Dijo el anciano. De su gloria santa
Dios ha mirado vuestra fé tan pura,
Y cierto es todo cuanto veis, oh Sara....

—¡Ay! Dios en premio de favor tan grande,
Allá en el cielo disfrutar os haga
De una delicia semejante, oh padre,
A la que gozo y de placer me embriaga.....

¡Oh!.... yo me muero de alegría y gusto....—
Y fué preciso sostener á Sara,
Porque en su pecho maternal y amante
El bien supremo y el placer moraban.

Todos en tanto del anciano en torno
De edad distinta y de creencias varias,
Se postran fieles con asombro y dicha
Y tiernos besan sus sagradas plantas.

Todos palpar su vestidura quieren,
Y allí su santa bendicion aguardan;
Y él amoroso los bendice al punto,
Y así con dulce compasion les habla.

—Hijos, amad al Salvador del mundo
Que en los que sufren su bondad derrama....—
Y para huir del entusiasmo ardiente
Salir procura de la humilde estancia.

Pero sus manos mutiladas viendo,
Como tambien sus destrozadas plantas,
Una camilla á construir los jóvenes
Corren al punto donde el santo vaya.

Camilla que hacen al instante mismo
Con frescos juncos y sonantes palmas
Que al llano fueron á cortar gustosos
Provistos de hoces, de cuchillos y hachas.

Y sus vestidos estendiendo en ella,
Y haciendo al santo que se siente en calma,
Al otro lado del torrente al punto
En que su gruta se descubre, pasan.

La muchedumbre con afan le sigue
Cantos alzando al Salvador del alma;
Y los qne tibios en la fé vivian,
Perdon le piden y su nombre ensalzan.